

¡Pasto y deporte!...

(Viene de la página 232).

afición»—no procede de la barbarie del espectáculo; el daño mayor estriba en el tiempo y hasta el ingenio que se desperdicia en hablar de los toros y toreros y comentarios. Y muchas veces hemos dicho y repetido que mientras se oye execrar del teatro desde el púlpito raro es el predicador que predica contra las corridas de toros. Y es que éstas no suscitan problemas de conciencia, de moral, de espiritualidad, y mientras se está discutiendo una suerte del ruedo no se habla de otra cosa. Aparte de que estas discusiones taurinas contribuyen a que cada vez sea más córnea la mentalidad de los aficionados. Y ya se sabe que el delito mayor del hombre es haber pensado.

Pero ¿es que el deporte footballístico no implica el mismo peligro? El deporte de ver jugar ¡claro! y no el de jugar. Porque hay, ya el «aficionado» footballístico, que no da patadas al pelotón, pero acaba por convertir en un pelotón su cabeza en fuerza de discutir jugadas y jugadores. Y el daño mayor que está haciendo el football entre los chicos no es en el cuerpo, sino en la inteligencia.

El público de los partidos de pelotón es aquí el mismo que el de las corridas de toros y no más culto. Se reproducen espectáculos tan vergonzosos como aquellos de quemar los tendidos de una plaza. Y aun hay algo peor. En las corridas no se oía esto de «¡Muera Villavieja!» y «¡Muera Villanueva!» y el que se vengan a las manos los del uno y el otro pueblo. «Una manifestación de nuestra siempre latente guerra civil»—se dirá. ¡Ojalá! ¡Ojalá fuera así! Pero no hay nada de eso; no es una manifestación de nuestra guerra civil, la de nuestras tradicionales contiendas, sino de esa otra lucha incivil, bárbara, prehistórica, de unos lugarejos contra otros, una manifestación del más triste localismo. Porque los equipos no se dividen—y es natural que así sea—en equipos liberales y absolutistas, republicanos o reaccionarios, constitucionalistas o absolutistas, republicanos y monárquicos. Y en los equipos entran ya profesionales a sueldo.

Hubo un tiempo en que pululaban lo que se llamaba las juventudes: juventud maurista, juventud socialista, juventud radical, juventud carlista..., etc., etc. Y personas graves—pero no con gravedad de juicio—protestaban contra ello. «Los estudiantes deben dedicarse a estudiar»—decían, sin advertir que era en esas juventudes donde estudiaban ciudadanía, donde se preparaban a ser ciudadanos de la

Nación y no súbditos del Reino. Aquellas juventudes han ido languideciendo y ello ha coincidido con esta triste languidez última del espíritu civil público que ha permitido la jugada del equipo de generales que tomó a España por estadio a mediados de setiembre último. Y empezamos a ver que se está jugando al balón con la corona. Lo que tendría poca importancia si no fuese porque un pacífico espectador se expone a que le rompan la espinilla de una patada.

Y luego viene esa manía del campeonato. Y si al menos tuviésemos un Píndaro que cantase a los grandes jugadores como el gran lírico beocio cantó a los vencedores en los juegos Olímpicos, píticos, nemeos e ístmicos, nos quedarían al menos esos cantos. Pero la literatura que el foo ball provoca es tan ramplona como la que provocaban las corridas de toros.

Hay entre los cantos inmortales de Leopardi uno bellísimo a un vencedor en el «pallone» (*A un vincitore nel pallone*), que es una especie de juego de pelota. En él el gran poeta del tedio exclama:

...altro che gioco son l'opre de mortali ed
[é men vano
della menzogna il vero?

o sea: «qué más que juego—las obras de mortales? menos vana—que el mentir la verdad?» Sin duda, cuando se oye «¡vanidad! de vanidades y todo vanidad!» dan ganas de replicar: «no es vanidad acaso el repetir eso y el lamentarse de la vanidad de las cosas?» Sí, juego son las obras de los mortales, juego nuestras luchas civiles y políticas, juego la historia, pero hay categorías entre los juegos y, puestos a jugar, más vale jugar en grande.

«¡Pan y toros!»—era la divisa de los que querían tener al pueblo en perpetuo trogloditismo, en barbarie infantil. Y no hay mucha diferencia de esa divisa a esta otra: «¡Pan y pelotón!» O a aquella otra de «¡pan y catecismo!» Sería mucho mejor decir «¡pasto y deporte!» Porque deporte no es precisamente juego. Como en inglés mismo *sport* es una cosa y *play* otra y otra *game*. El juego es algo muy serio; el deporte no. Y lo que con vocablo inglés llamamos un *sportsman*, un deportista, suele ser un señorito frívolo que no siente la pasión, la noble pasión del juego de la vida.

MIGUEL DE UNAMUNO

(*La Nación*, Buenos Aires).

La Ciega

Nos encontramos en el camino y al interrogarle por el motivo del viaje, nos contestó: «Venimos a pie, desde tierras lejanas y vamos a visitar a nuestra hija: la pobrecita perdió un ojo y el doctor afirma que pronto quedará ciega... Antes de que esa desgracia ocurra, queremos verla y que nos vea por la última vez». De ahí el origen de este poema.

Para la Srta. VITALIA MADRIGAL

Por la postrera vez en mi pupila
fijóse, madre mía, tu mirada
como un rayo de luz que desde el cielo,
ungido de bondad, Dios me lo enviara;

Como un rayo de amor que en mi tormento
llegara a consolarme, madre amada;
como un «claro de luna» que Bethoven
en inmortal sonata interpretara.

Hoy vivo en esta sombra interminable
poblada de fantasmas y tristeza;
sólo un fulgor me guía: tu mirada,
destello en las tinieblas de mi pena.

La oscuridad perpetua no me arredra,
más terrible quizás es la del alma,
porque en ella no encuentra nuestro duelo
ni un lucero de amor, ni una esperanza...

En la tremenda noche de mi vida
sólo el amor alumbra mi destino;
por él la ruta sigo entre las sombras
y es por él que mis horas no maldigo.

Amor en la tiniebla y el olvido;
amor en el silencio y el dolor;
amor de madre ¡luz de mi infortunio!
¡estrella que en mi noche puso Dios!

Al levantar la frente hacia los cielos
confúndese mi espíritu, y mi voz,
clamando en su tortura y agonía,
encuentra luz divina en nuestro amor.

Por eso, madre mía, yo bendigo
el último girón de tu mirada,
que al filtrarse en la noche de mi vida,
le dió un beso de luz a mi desgracia!

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, 1924

Los libros de la semana:

CARLOS LOVEIRA: *La última lección* (Novela). Habana, 1924.

VÍCTOR PÉREZ PETIT: *Cantos de la raza*. Editor: Maximino García. Montevideo. MCMXXIV.

FRANZ TAMAYO: *Proverbios*. Fascículo segundo. La Paz. MCMXXIV.

A. H. PALLAIS: *Caminos*. León, Nicaragua, C. A.

ALCIDES ARGUEDAS: *Raza de bronce*. Sociedad Editorial PROMETEO. Valencia, España.

CRISTÓBAL DE GANGOTENA Y JIJÓN: *Al margen de la Historia*. Quito, MCMXXIII.

JUAN E. O'LEARY: *El Paraguay en la unificación argentina*. Asunción, 1924.

En extractos y referencias, iremos dando impresiones de estas obras estimables.

Entre tanto, las gracias más sentidas a los Autores por el apreciable envío.